

**Inmaculada López Calahorro, *Gabriel García Márquez. El discurso de la debilidad. Cuatro lecturas desde el mundo clásico*, Granada, Universidad, 2016.167pp.**

Todos los recursos son pocos en estos comienzos del s. XXI para fomentar la conservación de nuestra larga tradición cultural. Parece a veces como si la literatura comenzara en el fugaz presente de nuestra frenética carrera por salvar el negocio en el que compiten las grandes empresas editoriales.

Una actitud que se observa en las nuevas generaciones manifiesta el olvido de las raíces en que se asentaba la literatura latinoamericana y que no son otras que el refinamiento y perfil acuñado durante siglos en nuestra literatura europea. Siendo muy respetables las iniciativas que intensifican los lazos de la literatura en lengua española con las costumbres autóctonas de cada región de América, la llegada al lector de la producción del s. XX en su proyección global se debe en parte al hecho de compartir raíces con la literatura desarrollada en el Viejo Continente. Por tanto, el lector educado en nuestra tradición valorará seguramente las claves para recuperar del olvido este tesoro de experiencias culturales comunes.

Una contribución en este sentido es el libro de Inmaculada López Calahorro, en la que destaca las resonancias clásicas de la obra de García Márquez, a partir de las referencias que este autor diseminaba en su actividad creativa, y de las descubiertas indirectamente a través de las otras lecturas reconocidas por los críticos. Útiles para esta interpretación se muestran *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, y las lecturas de Albert Camus y Franz Kafka.

Por medio de este esquema se proyecta una actualización de mitos clásicos que todavía se descubren fructíferos para dar relieve a una obra tan rica de matices como la de García Márquez. Se trata en concreto del mito de Prometeo, fundamental heraldo de la Ilustración, que no podía faltar en los descendientes de las élites criollas que han hecho madurar las sociedades americanas con la antorcha iluminada de progreso. A partir de la tragedia griega de Esquilo y Sófocles se realiza una reflexión desde el lado antropológico. Pero José Arcadio Buendía hablaba en latín, en tanto que Juan de Panonia rezó en griego: las referencias a la cultura grecorromana merecían un examen detallado. La tragedia griega sofoclea asumía la impronta del dolor y el remordimiento, sombra de la culpa sin memoria.

En esta labor se revela un aspecto muy relevante del análisis que hace la autora de este libro: el pesimismo y la desorientación que es consecuencia de la voluntad del olvido. En previsión de este peligro, la obra del escritor alerta contra la pérdida de identidad que acarrea el olvido de la historia. La segunda mitad del s. XX despierta una cierta reacción general del individuo asediado por la cultura de masas contra esa uniformidad que amenaza con anular su arraigo y su aspiración a la originalidad creativa. La exuberante imaginación que suscitan los territorios ignotos del continente americano en los europeos pudo ser un refugio ante esa progresiva oleada de olvido,

inducida en parte al galope de los intereses económicos de lo que conocemos al final como globalización.

De ahí el enfoque de este estudio sobre la memoria tal como la concibió Roma y como la había seleccionado previamente la cultura helénica al evitar la pérdida de su épica homérica. Un paso muy audaz en esta reflexión es la etiqueta de debilidad que asigna al retrato humano que presenta la obra de García Márquez. López Calahorro califica de “debilidad histórica” a partir de la lectura de la fundación de Roma y sus profecías (Tages se convirtió en Melquiades), la escasa vitalidad de Macondo. Explora entonces la inspiración del autor de la novela en las obras sobre la arqueología etrusca que se publicaron en Europa entre los años sesenta y ochenta, y en particular las reminiscencias del *Atardecer etrusco* de D. H. Lawrence, que las precedió, junto con el *Bomarzo* de Mújica Láinez.

Curiosamente, la perspectiva de la carencia de memoria no solo se interpreta como una negación del futuro común, sino también con la desolada desesperanza de los abismos infernales de la imaginaria clásica y bíblica. Estos espacios poblados de sombras y referencia de los personajes diseñados para traspasar el mundo de los vivos, se limitan, se localizan para albergar personajes desprovistos de una identidad psicológica ineludible y característica en la novela de García Márquez.

La investigadora buscaba en la actividad literaria del novelista y en la bibliografía crítica sobre esta narrativa latinoamericana ofrecer el mayor número de relaciones intertextuales a partir de las más grandes creaciones culturales del Mundo Antiguo. Llevada de los sorprendentes personajes de lo maravilloso, encuentra las claves más lúcidas para comprender los excesos y cualidades monstruosas de los pobladores de ese universo abocado a su liquidación final.

El estudio está planteado en la interpretación por las fuentes, y por la comparación con relatos muy famosos en el periodo de entreguerras, en los que se recreaba toda la creación posterior, en medio de la que el autor colombiano supo hacerse oír. El especialista no encontrará en el comentario un análisis literario que integre la inmensa bibliografía que ha suscitado la larga historia editorial de *Cien años de soledad*. Tampoco se pueden esperar elucidaciones desde el punto de vista de la teoría de la novela.

El objetivo de actualizar la perspectiva de las lecturas del primer García Márquez puede contribuir a adornar el conocimiento de una estructura del relato que ha influido poderosamente en la evolución del género hasta nuestros días. Las notas ofrecen suficiente información sobre circunstancias que apoyan la comparación que se propone. Con escenas y máscaras antiguas el creador supo hilvanar una forma de relato fantástico con expresión flexible, siempre nueva.

La interpretación que se ofrece ahonda en la múltiple figuración que manejaba el autor.

**María Asunción Sánchez Manzano**